

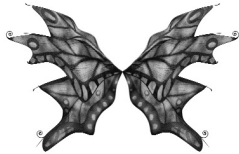
LOS CUATRO TRONOS

LESLEY LIVINGSTON



viceversa juvenil

LOS CUATRO
TRONOS



LOS CUATRO
TRONOS

Lesley Livingston

Traducido por Jordi Boixadós

 **viceversa**
EDITORIAL

NOTA DEL TRADUCTOR

La autora de la novela incluye en la narración pasajes de las obras teatrales de William Shakespeare *Sueño de una noche de verano*, también llamada *Sueño de una noche de san Juan*; *Hamlet* y *Romeo y Julieta*. En la presente traducción estos fragmentos aparecen siempre entrecomillados y corresponden a las versiones de José M.^a Valverde y Luis Astrana Marín

Título original: *Darklight*

© Lesley Livingston, 2010

Todos los derechos reservados.

Publicado en Estados Unidos por HarperTeen, un sello de HarperCollins Publishers.

© Editorial Viceversa, S.L.U., 2010

Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

© de la traducción Jordi Boixadós, 2010

Primera edición: mayo 2010

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-92819-26-3

Depósito legal: M-18508-2010

Impreso por Dédalo Offset, S.L.

Para mi madre



«**V**amos, márchate. Que la luz ya se acerca.»
«Luz en nuestra luz y sombra en nuestras penas.»
Los amantes se fundieron en un breve y conmovedor abrazo.

—¡Fin de la escena! —gritó el director con su perfecto acento inglés; el grito resonó como el ladrido de un terrier impaciente—. Nos saltaremos el resto del texto hasta la entrada de la señora de Capuleto. Mindi, pon una nota al margen en el guión. Julieta, haz el gesto con la mano derecha, no con la izquierda. Romeo, ¡vigila la dicción! —Consultó el reloj—. Son las diez. Se acabó por hoy. Lo retomaremos ahí en el próximo ensayo, chicos. Comprobad los horarios en el tablón de anuncios, y no os retraséis. Os pasaré unas notas a cada uno de vosotros antes de empezar..., de modo que no penséis que os ha salido tan bien. Ahora, id a casa y repasad el guión.

Kelley Winslow recogió sus cosas y colgó la ropa de ensayo en la percha de la puerta de su camerino.

—Buenas noches a todos —gritó mientras se ponía el bolso en bandolera y se dirigía a la entrada de artistas del Gran Teatro Avalón.

—Buenas noches, jovencita. —El veterano actor Jack Savage, a quien llamaban Caballero Jack Savage, le sonrió desde la puerta de su propio camerino alzando una

taza de café para saludarla—. Espléndido trabajo el de esta noche. Tu escena del balcón hará que el público se caiga de espaldas.

—Mejor que se queden pegados a sus butacas —dijo secamente Quentin, el director, apareciendo entre bastidores—. Además, eso está por ver. Me reservo cualquier juicio sobre el impacto que pueda causar la escena en el público hasta que recuerdes que debes girarte noventa grados hacia el fondo del escenario cuando te llame la nodriza. Y échale algo de pasión a esos morreos, ¿vale? Estás con Romeo, por el amor de Dios, no en una boda dando un besito a un pariente lejano para no quedar mal con tu tía abuela.

—Me ocuparé de eso, Q —dijo Kelley conteniendo la risa, pues Alec Oakland, que interpretaba a Romeo, le mandaba besos a distancia, fuera de la vista del director.

—¡Sí, claro, en las escasas tres semanas que quedan para el estreno!... —replicó Quentin con una mueca de disgusto—. Bueno, voy a suponer que los milagros existen...

Una crítica como ésa habría resultado hiriente si hubiese provenido de cualquier otra persona, pero tratándose de Quentin St. John Smith, el comentario equivalía más bien a cuatro estrellas en una reseña del *Times*. Alec desapareció en el interior de su camerino antes de que el director lo encontrase para reprenderle por su interpretación.

—¿Necesitas que alguno de los chicos te acompañe a casa? —preguntó Jack, sonriendo con afecto paternal—. Estoy seguro de que a Alec no le importará.

—No, no es necesario. —Kelley dio un abrazo al veterano actor y abrió con el hombro la pesada puerta de roble—. Hasta luego.

—Ten cuidado ahí fuera, Kelley.

—No te preocupes por mí, Jack. —Se despidió con la mano mientras se escabullía por la puerta—. Sé cuidar de mí misma.

Sí, sabía cuidar de sí misma... tal vez mejor que la mayoría de las chicas de dieciocho años. Kelley había madurado mucho en los últimos meses; se había endurecido.

Cuando la puerta se cerró tras ella, permaneció un momento en lo alto de los escalones de piedra contemplando la oscura silueta de la antigua iglesia, que había sido transformada en el Gran Teatro Avalón. *¿Qué voy a hacer el resto de la noche?*, se preguntó.

Como siempre, había planeado no acercarse al parque.

Pero la noche de abril tenía un efecto embriagador. Era perfecta para gozar de las delicias de las primeras flores de primavera. Además, aún le quedaban por memorizar algunos de los monólogos más largos de Julieta..., y en la obra anterior solía ir al parque a estudiar su papel. Aquel lugar le inspiraba. Un breve paseo no le sentaría mal.

Y tal vez... tal vez..., suspiró.

Sonny se había ido hacía casi medio año. *Una eternidad*, pensó. Y en una noche tan bella, en la que incluso el aire parecía rebosante de delicada magia, no era imposible que el jano encontrara el camino de regreso hasta ella. ¿O sí lo era?

Antes de que hubiera tenido tiempo de tomar una decisión, sus zapatillas deportivas parecían haberlo hecho por ella. Dio media vuelta y enfiló la Octava Avenida hacia Columbus Circle... la entrada a Central Park más cercana.

Poco después de que Sonny regresara al Otro Mundo, al reino de los duendes y las hadas, Kelley descubrió que cada vez que se adentraba en los confines de Central Park, la tentación de jugar con su propio poder se tornaba irresistible. Quizá se debía a que fue allí donde conoció a Sonny... o a que el parque no era en realidad un parque. También era la Puerta del Samhain: la entrada al Otro Mundo, oculta y desconocida para los mortales que habitaban la ciudad de Nueva York. La mayoría de la gente no sabía su existencia. Pero Kelley Winslow no pertenecía a «la mayoría de la gente».

Tampoco Sonny Flannery. Sonny era miembro de una fuerza de élite llamada Guardia de Janos. Todos los janos eran «arreatados», humanos que habían sido raptados de niños, en momentos y lugares diferentes, y llevados al Otro Mundo, al mundo de los duendes. Estos arreatados en particular habían sido nombrados guardianes de la Puerta del Samhain por Oberón, el rey del Invierno. El padre de Kelley.

Cuando en el otoño anterior se abrieron las Puertas, los janos estuvieron bastante más atareados que en años anteriores, y todo por el jaleo que había originado la presencia de Kelley en la ciudad de Nueva York. Una mortífera banda del mundo de los duendes, llamada la Cacería Salvaje, fue liberada de su hechizo, y Sonny se convirtió en su terrible cabecilla. Kelley tuvo que desprenderse de la mitad de sus derechos de cuna, es decir, del poder que había heredado de su padre, con el fin de salvar a Sonny... y a la totalidad del reino de los mortales.

En medio de tanta desgracia, Oberón había ordenado a Sonny que regresara al reino de los duendes para

acabar con los últimos miembros de la Cacería, que estaban asolando el Otro Mundo. Kelley, por su parte, reanudó su vida de actriz.

Desde la partida de Sonny, Kelley empezó a frecuentar a algunos de los miembros de la Guardia de Janos. Dado que todos ellos conocían su secreto, podía mostrarse con total libertad. Además, en su compañía, se sentía más cerca de Sonny. Era consciente de la importancia de lo que éste había ido a hacer, es decir, de lo que se veía obligado a hacer. Kelley había experimentado en sus propias carnes el poder devastador de la Cacería Salvaje, y lo único que deseaba era que Sonny regresara junto a ella. En el fondo de su corazón sabía que cuando su amigo hubiera cumplido su cometido, desharía el camino hacia el reino de los mortales. Le había dado su palabra.

Por supuesto, no había ninguna razón para esperar que tal cosa fuese a suceder precisamente esa noche. Pero, en cualquier caso, la idea de dar una vuelta por el parque resultaba tentadora, si bien algo arriesgada. Por alguna razón, siempre que paseaba por aquellos senderos tan familiares, se llevaba las manos instintivamente a la nuca para palpar el cierre de la cadena de plata de la que colgaba un amuleto, y lo abría. El amuleto era de ámbar verde y tenía la forma de un trébol de cuatro hojas. Y era la única cosa capaz de contener el poder que aún corría por su sangre de hada.

El poder de su madre. Un poder peligroso.

En su última visita a Central Park no había actuado con la cautela necesaria. Se hallaba suspendida en el aire, medio palmo sobre la verde superficie del prado, en Sheep Meadow, cuando apareció un policía a lomos de un caballo. Por fortuna, era noche de luna nueva y el agente no

se percató de su estado de ligera levitación. Aunque ella habría jurado que el caballo la miraba de reojo...

Como no le apetecía repetir la experiencia, decidió evitar el parque, y consiguió, parcialmente, olvidar por un tiempo la seductora llamada de su herencia de hada. El hecho de haber estado tan ocupada con la nueva obra le sirvió de gran ayuda. La última representación de la compañía, *El sueño de una noche de verano*, había sido un gran éxito... gracias, en parte, a su interpretación del papel de Titania, la reina de las hadas, lo que no dejaba de resultar irónico. Con *Romeo y Julieta* pretendían superar ese éxito. Si Kelley lograba cuajar una buena actuación, ese papel podría significar el lanzamiento de su carrera.

Kelley se dirigió al Ladies Pavilion, junto a la orilla del lago, subió por los escalones y se apoyó en la verja para contemplar el agua oscura y encalmada. El amuleto en forma de trébol de cuatro hojas se mantenía firmemente sujeto alrededor del cuello.

«Con el aliento del verano, este brote amoroso
puede dar bella flor cuando volvamos a vernos.
Adiós, buenas noches. Que el dulce descanso
se aloje en tu pecho igual que en mi ánimo.»

—«¿Y me dejas tan insatisfecho?» —preguntó una voz en la oscuridad.

Sorprendida, alzó la mirada y, de inmediato, echó un vistazo a sus pies... para asegurarse de que las suelas de sus zapatillas estaban en contacto con el suelo.

—¿Qué? ¿Quién?... —balbució atolondrada. La habían pillado desprevenida.

La luz de la luna que caía sobre los escalones del Ladies Pavilion la iluminaba como el foco de una sala de teatro.

—¿Sonny?

Kelley escudriñó la oscuridad entre los árboles, intentando averiguar de dónde procedía la voz. No, no era Sonny. Sonny no le haría una broma de ese estilo. Tenía que haber sido uno de sus compañeros del teatro jugando al escondite.

—¿Alec?

No hubo respuesta. Para disimular su inquietud, Kelley soltó una risita.

—De acuerdo, juguemos —dijo, y respondió con la réplica de Julieta—: «¿Qué satisfacción esperas esta noche?»

—Veamos... —contestó la voz—. Para empezar, me quedaré con ese bonito collar.

Kelley se llevó la mano a la garganta en el mismo instante en que un desconocido salía a la luz desde la oscuridad circundante. No era Alec Oakland.

—Y con todas las joyas que llevas. Y también con tu bolso, sólo por el placer de llevármelo. Y el reloj, si no es de imitación.

El hombre echó a andar tranquilamente hacia ella. Tenía un aire amenazador y despreocupado al mismo tiempo. Era delgado, lucía tatuajes y calzaba botas de motorista.

Kelley sintió cómo el miedo le provocaba un nudo en el estómago. *Vaya, pensó, un atracador amante de Shakespeare. Esto sólo puede ocurrir en Central Park.*

—¿Nadie te ha dicho que este lugar es peligroso de noche, chiquilla? —dijo el hombre pasándose los dedos entre los cabellos que cubrían su cara angulosa.

—No soy una chiquilla —replicó ella bruscamente. Un acceso de ira dejó a un lado su aprensión inicial. Apretó los puños con rabia.

—¡Caramba, qué susceptible! —dijo el hombre, con una desagradable sonrisa.

Kelley sintió un molesto hormigueo a lo largo de la espalda, un estremecimiento que la acercaba peligrosamente a la excitación y que acabó de llevarse el miedo que aún le quedaba, aunque la ira persistió. *Hazlo*, murmuraba una voz en su mente. *Suéltalo. Dale una lección a este idiota*. Parecía la voz de su madre.

—Mire —dijo Kelley alzando una mano—. No quiero problemas. Y usted tampoco debe quererlos, créame.

—Oh, yo vivo de los problemas, chiquilla.

Kelley estuvo a punto de soltar una carcajada:

—No de este tipo.

Naturalmente, el hombre se burló de ella y de sus amenazas con una mueca desdeñosa.

Kelley percibió una especie de calor en lo más profundo de su pecho. Sonrió con dulzura y dio al hombre una última oportunidad:

—Créame —dijo—. Es mejor que se vaya.

—Déjame que lo adivine —repuso él avanzando hacia ella con una mano a la espalda y la actitud de un deprecador—. ¿A que sabes kung-fu?

—No necesito el kung-fu.

—Pues no me toques más las narices y no te pasará nada —gruñó el hombre mostrando de repente una navaja—. ¡Dame el amuleto de la suerte! Y nada de trucos.

—¿No quieres trucos, eh? —dijo Kelley con toda la frialdad—. Pues aquí tienes uno. —Agarró la cadena de

plata que llevaba colgada al cuello y tiró de ella. El cierre se abrió y una luz brillante del color del rubí iluminó el Ladies Pavilion y se extendió hacia la orilla del lago. Desde el corazón de su brillante nube áurea, Kelley observó impasible cómo el rostro del hombre cambiaba de expresión al ver el fuego oscuro de sus alas de hada, dejaba caer la navaja y escapaba a toda velocidad como si le estuvieran persiguiendo todos los perros del infierno. Comprendió esa reacción, pues a ella misma la habían perseguido una vez los verdaderos perros del infierno. Casi le dio lástima.

Kelley guardó el amuleto en el bolsillo, bajó las escaleras hasta la hierba y se agachó para coger el arma del hombre, una daga con hoja de acero pulido y empuñadura de madera de ébano grabada. Con una mueca de asco, tomó aquella cosa por la empuñadura con el índice y el pulgar, como si se tratase de una serpiente sin vida, y la metió en un bolsillo lateral del bolso. No era cosa de dejarla tirada en medio del parque.

Cuando se incorporó, no quedaba rastro del atacante. Sonrió para sí e inspiró profundamente. Percibió el aire de la primavera penetrando en su nariz, y todo a su alrededor apareció ante ella con la diáfana claridad de un diamante. Con un ligero brinco y abriendo ampliamente los brazos, se elevó sobre el suelo y alzó el vuelo. Planeó por encima del lago hasta quedar suspendida en el aire, a considerable altura.

Su asaltante había huido hacia el norte y se hallaba escondido en el terreno densamente poblado de árboles de la Ramble de Central Park. Kelley permaneció allí arriba unos instantes, deleitándose con la corriente de excitación

y el resurgimiento del poder que se había estado negando a sí misma durante largos meses. De pronto, captó un movimiento rápido entre los árboles. Replegó las alas como un halcón en plena cacería y descendió en picado hacia el suelo trazando un arco inclinado. Voló imprudentemente en un recorrido serpenteante para dar con su presa, evitando chocar contra los árboles. Aquel ser asqueroso no aparecía por ninguna parte. Excitada por la emoción de la cacería, resopló de frustración y batió el aire con las alas. Al llegar al estrecho barranco de Gill, se detuvo y permaneció suspendida en el aire, escuchando.

Entonces, algo la golpeó por detrás y le hizo expulsar el aliento de los pulmones. La luz de sus alas se atenuó tras un parpadeo, y cayó desde el aire, aterrizando dolorosamente en el lecho rocoso de las aguas frías y tumultuosas del barranco de Gill.

Se retorció de dolor mientras intentaba rehacerse e imaginar qué la había golpeado. De repente, advirtió que no estaba sola en el agua. Quiso gritar, pero su garganta se llenó de agua al tiempo que docenas de manos escuálidas y repletas de garras la asían fuertemente, arrastrándola hacia el fondo.

¡Nyxxies!, pensó aterrorizada.

Sabía que algunas criaturas del reino de las hadas vivían dispersas entre los mortales, y los janos la habían informado de cuáles debía evitar... con las nyxxies en las primeras posiciones de la lista, aunque también le habían dicho que un encuentro con una de aquellas malignas hadas que habitaban las aguas era muy poco probable. No digamos con un grupo entero. Pero no disponía de tiempo para lamentar su mala suerte.

Unos ojos pálidos y sin embargo incandescentes la miraban, llenos de ira, y sentía que unos miembros escamosos se le enroscaban en los brazos y las piernas. Su mente le gritaba lo estúpida que era. Su asaltante tenía razón, más de la que él mismo podía sospechar, cuando le dijo que el parque era un lugar peligroso por la noche. Con demasiada arrogancia, Kelley había decidido darle su merecido y se había dejado llevar directamente hacia otro tipo de peligro.

Lanzó violentas patadas para sacudirse a las nyxxies que le estaban desgarrando la pernera del pantalón y gateó hasta la orilla del arroyo. Pero entonces se percató de que las hadas de las aguas no eran su único problema. Sombras oscuras deambulaban entre los árboles y por los empinados peñascos rocosos. Había ojos por todas partes, ojos que la miraban fijamente con una voracidad inhumana. Se estremeció de miedo.

Justo entonces, la luna apareció tras un banco de nubes y su brillo iluminó la escena tras aquellos seres amenazadores, dibujando con toda nitidez la silueta de doce figuras, firmes en la cresta de la quebrada.

La Guardia de Janos.

Impresionante, pensó, casi dando gritos de alegría. La adrenalina y la magia feérica recorrían sus venas. Estaba deseosa de una batalla en toda regla. Oyó una voz grave y sonora dando una orden... Tenía que ser Aaneel, el jefe de la Guardia. Luego observó cómo las siluetas se abrían formando un abanico, en un movimiento preciso y perfectamente organizado.

La pequeña y linda Cait, con su coleta balanceándose, blandía en el aire un estoque de hoja afilada. Selene dis-

paraba a las sombras con su arco desde una posición de ventaja sobre las ramas bajas de un árbol. Kelley vio a Bellamy y Camina, hermano y hermana gemelos, trabajando en letal pareja, con un tramo de reluciente cadena plateada tensada entre ambos, con la que daban buena cuenta de lo que parecía un erizo del tamaño de un hombre. La silueta alta y desgarbada de Maddox se movía con una agilidad y una rapidez sorprendentes mientras perseguía a una criatura que, con gruñidos propios de un lince, intentaba escabullirse entre los matorrales. En mitad del combate, alguien en la distancia gritaba... *Godwyn*, pensó Kelley al escuchar aquellos aullidos feroces flotando en el aire de la noche. El resto de la escaramuza prosiguió en la oscuridad entre los alaridos y gruñidos de las presas, mientras la Guardia de Janos trabajaba casi en silencio.

Kelley se secó los ojos con repetidos parpadeos y trepó por la empinada cuesta para unirse al combate, pero cuando estaba a mitad de camino, un rugido de alerta la hizo volverse bruscamente: otra nyxxie se abalanzaba sobre ella con un gran brinco, como una barracuda maligna de forma humana, un cuerpo vigoroso y afilado como una cuchilla. La criatura la derribó y la lanzó de nuevo al agua, retorciéndose mientras forcejeaba con ella. Las aguas espumosas del Gill las llevaron con rapidez corriente abajo, lejos del sonido del combate.

Se deshizo de la nyxxie propinándole un fuerte puñetazo en el estómago y braceó denodadamente para mantenerse a flote, esperando ganar un lugar seco y relativamente seguro. Por fin pudo agarrarse a una roca, y tras darse tiempo para recuperarse, estiró un brazo, arqueó el cuerpo y arrojó un puñado de magia sin forma,

como si estuviese lanzando una pelota de béisbol. Sintió un crujido de energía sobrenatural en las yemas de los dedos al hacerlo, y se formó un géiser de agua hirviendo en el arroyo. Cuando finalmente se calmó la turbulencia, apareció la nyxxie, flotando inmóvil, aturdida por la explosión, sus cabellos negros de alga marina extendidos sobre la superficie del agua.

Kelley recuperó la respiración entre jadeos y resuellos. Le dolían los músculos tras el aterrizaje en las rocas, y sentía escozor en las piernas: eran las heridas que le habían provocado las garras de las nyxxies. Pero lucía una sonrisa de oreja a oreja. No se había sentido tan viva en meses. Trepó corriente arriba entre las rocas. Los janos se habían dispersado. Apenas podía entrever el combate entre ellos y unas criaturas propias de una pesadilla del reino de las hadas, seres escurridizos como animales acuáticos, retorciéndose como langostas amenazantes, que no se daban por vencidos.

El rugido de aviso procedía de un jano llamado Fennrys el Lobo, que se había arrojado al agua para encargarse del resto de las mortíferas criaturas acuáticas que habían atacado a Kelley. Estalló un combate a gran escala, con las nyxxies retorciéndose y revolcándose en las aguas poco profundas como pirañas atraídas por el olor de la sangre. Toda su atención se centraba en Fennrys. Esto le ofreció la oportunidad de concentrarse en reducir el ritmo de sus latidos y en alcanzar, más allá del frenético galope de su pulso, el lugar donde el poder que le había otorgado su madre reposaba esperando su llamada.

Sintió el entramado centelleante de sus alas abriéndose en espiral sobre sus hombros, en una explosión resplan-

deciente de añil, como una aurora boreal. Por todas partes llovían chispas propias de fuegos de artificio. Nubes relampagueantes bullían en el cielo sobre ella, y gruesas gotas de lluvia salpicaban la orilla y la superficie del arroyo.

En realidad, no había concebido ningún plan específico para ayudar a Fennrys a salir de la desesperada situación en que se encontraba. No estaba lo bastante versada en combates para saber siquiera cómo actuar... pero no importaba. A falta de un plan de acción coherente, su magia de hada decidió por su cuenta... y pidió ayuda.

Kelley oyó un aullido y unos silbidos ensordecedores que traspasaban sus oídos y alzó la vista. El cielo parecía venirse abajo directamente sobre su cabeza en forma de nubarrones negros y rojizos, y tres cailleachs, las temibles arpías de tormenta, aparecieron de repente acompañadas de ráfagas de rayos y truenos, respondiendo a su llamada. Las arpías eran las subordinadas más poderosas y peligrosas de Mabh. Llevaban a cabo las misiones que ella les encomendaba... *y, por lo visto, ¡las mías también!*, pensó Kelley, estupefacta.

Las cailleachs eran personificaciones de fenómenos meteorológicos violentos; en este caso, tres tornados con sus remolinos de viento y lluvia. Kelley gritó sobre el ulular del viento para advertir a Fennrys de que debía ponerse a cubierto. El jano alzó la vista al cielo y corrió a guarecerse tras una roca en mitad de la corriente.

Las nyxxies no tuvieron tanta suerte.

Las cailleachs se agruparon para formar un enorme remolino, un tornado con el que arrancaron del Gill a la cuadrilla completa de hadas enmarañadas, arrastrándolas consigo en su vuelo, dibujando volutas sobre las copas de

los árboles y escupiendo rayos por doquier sobre el parque mientras se alejaban.

Dejaron tras de sí una estela de silencio sepulcral.

Kelley se quedó observando cómo se retiraba la tormenta mientras Fennrys el Lobo vadeaba hacia la orilla.

—Buenas noches —saludó el jano arqueando los labios para exhibir su característica media sonrisa sarcástica, mientras se escurría el agua de la camisa.

—¿Qué tal, Fennrys?

—Muy curioso —dijo él, asintiendo con la cabeza mientras observaba alejarse la tormenta en dirección a Harlem Meer, en el extremo septentrional de Central Park.

—Sí —masculló Kelley, aún aturdida por los acontecimientos—. No sabía que podían hacer eso. Y, desde luego, no sabía que pudiera hacerlo yo.

Se volvió hacia el chico. A medida que se relajaba de la tensión de la batalla, crecía en ella una nueva excitación.

—Invocarlas de este modo, quiero decir. Llevan merodeando por ahí desde noviembre. Pero a distancia. A mí ya me iba bien así, porque, con franqueza, me ponen los pelos de punta. Pero la verdad es que han respondido muy oportunamente a mi llamada. Ha sido fantástico... Y útil.

Notó que balbuceaba. Su excitación era tal que se sentía aturdida.

—Y hemos ganado —concluyó, y abrazó impulsivamente a Fennrys, de pura alegría, pasándole los brazos por detrás de la nuca empapada.

—Sí —dijo él.

Fennrys dudó unos instantes antes de devolverle torpemente el abrazo. Nadie que lo conociera podía imaginarlo mostrándose afable o afectuoso, y a Kelley nunca se

le habría ocurrido darle un abrazo de no haber sido por su desmedida alegría.

—Sí —repitió él mientras soltaba los brazos de Kelley y la depositaba en el suelo—. Hemos ganado, pero yo, en tu lugar, pondría más cuidado al elegir los sitios por los que pasear. Este lugar es peligroso de noche.

—Eso mismo dijo aquel tipo.

Kelley contempló el caos a su alrededor: había ramas de árboles rotas por todas partes, y anchos trazos de garras surcaban las orillas del arroyo.

—¿Qué tipo? —preguntó Fennrys.

—Un pobre diablo que intentó atracarme —respondió Kelley frunciendo el ceño—. Huyó en esa dirección. Apuesto a que las nyxxies se lo han comido.

—Bueno, así aprenderá a comportarse, ¿no te parece?

—¡Fennrys!

El jano esbozó una fría sonrisa ante la exclamación de Kelley e hizo un gesto con la mano para señalar lo que les rodeaba.

—Si quieres saber mi opinión, el tipo ese debería haber seguido el consejo que te dio a ti. Desde toda aquella locura de la Novena Noche, hemos detectado una creciente actividad por parte de duendes renegados. La explosión de la Puerta y la manera en que se abrió en la vigilia del Samhain les ha envalentonado bastante.

—Supongo que eso explica por qué estáis todos vosotros en el parque esta noche.

Fennrys asintió:

—Aaneel dice que, además de lo engreídos que se muestran los duendes perdidos, se han abierto pequeñas grietas en la Puerta del Samhain. Ninguna es lo bastante

grande como para que se cuele por ella ni siquiera un duendecillo, pero el caso es que ahí están.

—Creo que, en parte, es culpa mía...

—Yo no he dicho eso. Sólo he dicho que hay que andarse con cuidado. Y especialmente tú.

—Gracias, Fenn.

—Es un consejo, nada más. Tú misma.

—No... —Kelley sonrió tímidamente. Sabía que tenía que haber sido más cauta—. Quiero decir que gracias por haberme rescatado.

—No las merezco.

—¡Sí!

—No, en serio. No me des las gracias. —Fennrys se sacudió sus cabellos castaños y pasó la mano por ellos desde la frente hasta el cogote—. Mejor no lo comentes a nadie. Si alguien se entera de que voy por ahí rescatando damiselas... eso arruinaría mi reputación.

Kelley no estaba segura de si el jano hablaba en serio.

—Bueno, gracias de todos modos.

—A su servicio, mi Señora —dijo él e hizo una cortés reverencia. Kelley intentó averiguar si le estaba tomando el pelo o no. A pesar de los muchos ratos que últimamente había pasado en compañía de miembros de la Guardia de Janos, no conocía a Fennrys lo bastante para saber si se estaba burlando de ella. Por lo general era un tipo imperturbable.

—Venga —dijo él, ofreciéndole un brazo como si la invitara a dar un paseo—. Vamos a comprobar si se han comido o han matado a los demás.

—¿Lo ves? —dijo Maddox respirando ruidosamente y apoyando las manos en las rodillas mientras Kelley y Fennrys

se acercaban a él—. Éste es el tipo de cosas a las que me refiero cuando te digo «Ten cuidado, Kelley», o «No pasees sola de noche por Central Park».

—Pero si nunca lo hago, Maddox —dijo Kelley con un tono de voz lánguido, cojeando visiblemente ahora que le había bajado el nivel de adrenalina—. Parece que a Fennrys le ha sentado bien el ejercicio.

El Lobo se limitó a sonreír relajadamente.

—Madd, ¿es cierto lo que me ha dicho Fennrys de que hay grietas en la Puerta? —preguntó la muchacha mientras sacaba su amuleto del bolsillo y lo ataba a la cadena.

—Pues sí.

—¿Y que algunos duendes perdidos están atacando a la gente?

—Bueno, sí —respondió él encogiéndose de hombros—. Es decir... sólo a cierto tipo de gente. Aquí y allá. Como esta noche.

Maddox siempre se mostraba evasivo cuando se hablaba de los duendes perdidos. Kelley sabía que era por Chloe. Los perdidos eran criaturas feéricas que moraban entre los mortales. Algunos habían quedado atrapados aquí cuando Oberón cerró la Puerta por primera vez —aunque se rumoreaba que en realidad se trataba de un encarcelamiento—; otros habían decidido escapar de forma voluntaria a través de la Puerta del Samhain y abandonar para siempre el Otro Mundo.

Chloe se encontraba entre ellos. Era una sirena. Una «ex sirena», según Maddox. Había salvado la vida a Kelley cuando ésta estaba a punto de perecer ahogada en el lago. Fue entonces cuando Chloe descubrió que Kelley era una princesa de las hadas a quien una mujer

mortal había raptado de la corte de Oberón, casi un siglo antes.

Hasta entonces, Kelley había vivido y crecido en las Catskills bajo la atenta mirada de su «tía» Emma, completamente ajena a todo presentimiento de ser algo más que una simple mortal. Pero Chloe, como buena sirena que era, no había podido resistirse a la tentación de robar una canción de la mente de Kelley, mientras ésta se hallaba inconsciente, como pago por el rescate. Un precio realmente bajo por los servicios de una sirena, ya que, por lo general, éstas tomaban hasta el más pequeño fragmento de canción que una mente pudiera contener, causando daños irreparables. La muerte, en la mayoría de los casos. Así es como, a lo largo de la historia, se habían ganado su temible reputación. Chloe había renunciado a tal comportamiento muchos años atrás, pero, según parece, había recaído justo el pasado octubre, cuando rescató a Kelley.

El robo de la canción no le había ocasionado ningún daño a Kelley, pero eso se debió a que no era un ser humano, un secreto que quedó desvelado para la sirena en el momento en que se introdujo en la mente de la princesa. Chloe decidió comerciar con esa información y canjeó ese conocimiento por otra pieza musical: tras excavar profundamente en la memoria de Sonny, le robó al muchacho una canción de cuna, el único recuerdo que poseía de su madre humana.

Para Kelley, Chloe no era mucho mejor que un vampiro. Pero sabía que Maddox albergaba sentimientos hacia ella y evitaba abordar el tema.

—Vamos a sacarte de este maldito parque —dijo Maddox, pasando por alto el incómodo silencio de

Kelley y apoyando uno de sus larguiruchos brazos sobre sus hombros. Era el mejor amigo de Sonny, y, en ausencia de éste, se había convertido en una especie de hermano mayor para Kelley.

En la oscuridad, oyeron a Fennrys gruñir con regocijo. Parecía haber encontrado algo digno de continuar la carcería.

—Vamos —prosiguió Maddox, dando a la muchacha un suave codazo—. Seguro que los demás se las arreglarán sin mí.

Kelley asintió distraídamente. Estaba tan convencida como Maddox de que los otros janos darían cuenta de los duendes renegados con facilidad. Eran muy buenos en su trabajo.

—Me pregunto qué tal le irá a Sonny —pensó Kelley de repente... ¡en voz alta! Sintió enrojecer sus mejillas al ver que Maddox la miraba, divertido.

—Estoy seguro de que le va bien —dijo él despreocupadamente—. Mientras los demás estamos atascados aquí en el mundo mortal, hurgando entre los matorrales y jugándonos la vida, Sonny, probablemente, se lo estará pasando en grande, bebiendo el vino de los duendes y comiendo frambuesas salvajes.